

La plaza de las Vizcaínas: socialidad y conflicto



Este trabajo se pretende como un acercamiento etnográfico a la plaza de las Vizcaínas, y su fin es comprender el lugar como un espacio cuyo orden cotidiano gira en torno a la socialidad y el conflicto.

La plaza de las Vizcaínas es una de las más de 60 plazas y plazuelas que existen en el Centro Histórico de la Ciudad de México. Se localiza a la salida de la estación del metro Salto del Agua, frente al cine Teresa,¹ en la esquina sur-poniente del perímetro “A”, entre el Eje Central Lázaro Cárdenas (antes San Juan de Letrán) y la calle Bolívar.² Se ubica justo atrás del colegio de San Ignacio de Loyola (más conocido como Vizcaínas), y el callejón de San Ignacio desemboca hacia ella, lo que permite el contacto entre los habitantes del barrio, hacia el norte con la calle de Vizcaínas. En el costado sur de la plaza se localiza la calle de San Jerónimo,³ a espaldas también de la zona comercial de la avenida Izazaga. En ella se sitúan el cabaret Casa Blanca, la plaza comercial “fracasada” de las Vizcaínas, algunos edificios de departamentos, una vecindad y un estacionamiento público. El Teatro de las Vizcaínas⁴ mira hacia la plaza desde el oriente, y se suman a sus accesos el callejón de la Esperanza, la calle de Echeveste, el callejón de Jiménez y la calle de Aldaco, costado este del colegio. En este lugar se observa en la contraesquina un depósito de carros para la recolección de basura que pertenecen a la unidad de limpia de la delegación Cuauhtémoc,

* Escuela Nacional de Antropología e Historia, INAH.

¹ Muy conocido por la exhibición de películas pornográficas y la prostitución que en sus pasillos se ejercía hasta hace muy poco.

² Con esta localización me refiero sólo a la plaza de las Vizcaínas, no al barrio del mismo nombre que se ubica entre las calles de Pino Suárez, José María Izazaga y Venustiano Carranza, antes también llamado barrio de San Miguel.

³ La calle de San Jerónimo llega al Eje Central, pero su salida para uso vehicular está cerrada, también es necesario señalar que las calles de Vizcaínas son continuación de la de Mesones, la de Echeveste es continuación de la de Regina y el callejón de Jiménez es paralelo a la calle de Bolívar.

⁴ El Teatro de las Vizcaínas, antes Apolo, es propiedad del Departamento del Distrito Federal desde septiembre del 2000.

además de varios edificios de departamentos y vecindades, es el corazón del barrio.

La plaza tomó su nombre del Real Colegio de San Ignacio de Loyola, más conocido como de las Vizcaínas, el más antiguo de México, construido en el siglo XVIII en lo que fuera un potrero y bañadero para caballos, además de basurero del mercado. El colegio, la plaza y las calles de sus alrededores recuerdan en sus nombres, los de aquellos vascos que se congregaron para dar un lugar a las niñas y mujeres desamparadas de origen español: don Francisco Echeveste, don Manuel Aldaco, don Ambrosio Meave.

La plaza cuenta con una superficie aproximada de 6 500 m²; en su derredor, la encierran enormes jardineras de piedra y barandal de fierro, una calzada transversal —hoy ocupada por algunas esculturas que dan muestra del arte contemporáneo, de poco interés para sus habitantes—, además de jardineras móviles, por lo que se puede clasificar como una enorme plaza-jardín, tan importante en amplitud como la de Santo Domingo. En sus entrañas se construyó un estacionamiento público que ocupa toda el área de la plaza, cuenta con entrada vehicular por el Eje Central, con la respectiva salida por la calle de Aldaco y la de Jiménez; también tiene salida peatonal en la explanada de la plaza.

La plaza de las Vizcachas,⁵ como la denominan algunos de sus moradores y transeúntes, ha vivido una historia de conflicto y socialidad. Nació junto con la plaza de la Cal y el Real Colegio San Ignacio de Loyola en el siglo XVIII, compartiendo espacios con la comunidad a través de sus 60 accesorias de taza y plato —es decir, espacios diseñados para la vivienda en la parte superior y comercio en la inferior de 50 m²—. Éste nexó generó interacción social entre comerciantes —en su mayoría artesanos— y los vecinos del barrio. Hasta el siglo XX destacó por las actividades que ahí se desarrollaban, como la carpintería ebanistería, talabartería, peletería, vulcanizadora, etcétera. No obstante, la relación entre las accesorias y la escuela se basaba sólo en el arrendamiento del espacio.

⁵ Nombre utilizado por los viejos moradores, en recuerdo de “las muchachas” que por ahí andaban, cuando era “zona roja” de la ciudad.



Fachada del cine Teresa, inaugurado en 1942 y que aún se mantiene funcionando.

Aquí había muchas familias mexicanas, todo eso que está tapiado, aquí se encontraba de todo lo que usted quería, todo a su alrededor de la manzana del colegio: había carpintería, ebanistería, cartonería, los tamales, el señor de las talachas de las ruedas de autógena, imprentas, baños, tortillería, tapicería, bueno ahí había de todo, enfrente tenía yo mi puesto de castañas.⁶

Las accesorias se fueron cerrando paulatinamente en la segunda mitad del siglo XX, por el mal uso que se les dio; algunas permanecieron abiertas hasta finales de los años setenta, cuando en la plaza se inició la construcción de un gran estacionamiento público subterráneo.⁷ Actualmente se reabrieron algunas en el costado sur, justo en medio de la plaza, entre los que están: un café, un taller de restauración de pinturas, una papelería, además de utilizar una para los ensayos de un coro; una puerta más se abre en la mañana y a mediodía es la entrada del jardín de niños y de la primaria del colegio.

⁶ Entrevista Adolfo Paz Rueda (dic.: 2000).

⁷ Cabe mencionar que antes de los años ochenta, esta plaza era un enorme estacionamiento, que no había jardineras y era un espacio de conflicto cotidiano, aunque los vecinos mencionan que “antes se podía caminar y no asaltaban ni en la noche”.



Hotel Señorial, en una de las esquinas de la Plaza de las Vizcaínas.

Para comprender por qué Vizcaínas es un espacio de socialidad y conflicto, es necesario recrear un poco del ambiente de los años treinta a los setenta del siglo pasado. Se trata de una temporalidad que dejó su huella en la identidad de sus moradores, cuando esta zona se tornó en la “zona roja” de la ciudad, arrabal visitado ocasionalmente por bohemios, artistas de cine y de radio o personas de la clase media alta, que querían “convivir con el pueblo”; iban una sola vez y no regresaban. Con el objetivo de dar cuenta del ambiente, Armando Jiménez recrea el itinerario de un albañil, en sábado:

Cierta vez mi maestro albañil, [...] me hizo una lista de las actividades que había efectuado él con varios compañeros suyos el sábado anterior, a partir de las dos de la tarde, luego de cobrar su raya: Darse un duchazo en unos baños públicos (solamente ese día de la semana se bañaba); comer en una fonda (los sábados no llevaba itacate al trabajo); ir a una pulcata (dos litros del pulque espumante, para hacer digestión); zambullirse en el cine “Teresa”, en San Juan de Letrán, casi en frente de la plaza de las Vizcaínas (un rato para ver la película y otro para siestecita); ir al teatro “Apolo” (a fin de entrar en calor); seguir al “Club Verde” (para aumentar la presión de la caldera) y finalmente, enredarse con una de tantas del enjambre de muchachas que pululaban en los alrededores del cabaret (para echar fuera todo aquel calor) [...] ⁸

⁸ Armando Jiménez, *Cabarets de antes y de ahora en la Ciudad de México*, México, Plaza y Valdés, 1991, pp. 94-96.

Vizcaínas se caracterizó por mucho tiempo como zona permisible de prostíbulos, cabarets, como por ejemplo: el Linterna Verde o Club Verde, ubicado en la esquina de Aldaco y el callejón de la Esperanza a un costado del colegio, además de La Rata Muerta —también tuvo otros nombre: El 1, Las Sirenas y *Le Rat Mort*—⁹ que duró hasta 1968, ubicado en la esquina de la calle de Echeveste y el callejón de Jiménez. Cercanos estuvieron: el centro nocturno La Oficina, en la esquina de Echeveste y Bolívar, donde concurría por las tarde el músico poeta Agustín Lara; enfrente, en la esquina junto al templo de Regina Coelli, se situó el bar elegante La Perla de Regina, el Mata Hari, en Bolívar 22, con la oferta de “baile, juventud y alegría” para las clases altas; además del Smirna, pista de baile para el pueblo, que según vecinos se encontraba en el patio principal de lo que fue una gran vecindad, restaurada en los años setenta, hoy conocida como la Universidad del Claustro de Sor Juana, en la calle de San Jerónimo.

En la actualidad no se puede asistir más al Linterna Verde, pero sí recrear algunas de sus imágenes, en la crónica de Jiménez:

Entraron al cabaret, que se encontraba lleno de gente, de humo y malos olores, ninguno de los cuatro jóvenes había pisado antes un recinto como ese. Principiaban a acostumbrarse a la semioscuridad del local, iluminado débilmente por lámparas de color verde, cuando se desocupó cerca de ellos una mesa, es decir las sillas que rodeaban una mesa, pues ésta quedó llena de botellas vacías y colillas de cigarros. Se apresuraron a sentarse y, mientras un empleado escombraba la cubierta —que por supuesto no tenía mantel, servilletas ni ceniceros— pidieron una cerveza cada uno [...] De pronto un borrachín empezó a armar fenomenal escándalo.

Este ambiente era una constante cotidiana entre los parroquianos. No obstante, en estos lugares se marcaban reglas de moralidad, por ejemplo:

⁹ Este cabaret contrasta con otro del mismo nombre que según Jiménez: “Más bien era salón de baile con venta de licores, donde podía uno llevar pareja o bien ir a bailar con mujeres del oficio. Estas no vestían con desacato o en forma escandalosa no observaban conducta licenciosa por lo que la noviecita santa que alguien llevaba allí no se sentía a disgusto”, *op. cit.*, p. 98.

Las muchachas usaban vestido muy entallado al cuerpo, parecía que tenían una segunda piel, pero eso sí con la falda abajo de la rodilla, a diferencia de las *coimas que pululaban en los alrededores del cabaret*, cuyas faldas, también entalladas, les llegaban solamente a medio muslo.¹⁰

Las coimas y “las muchachas” de la vida alegre habitaron en las accesorias del Colegio, sobre la calle de Aldaco.

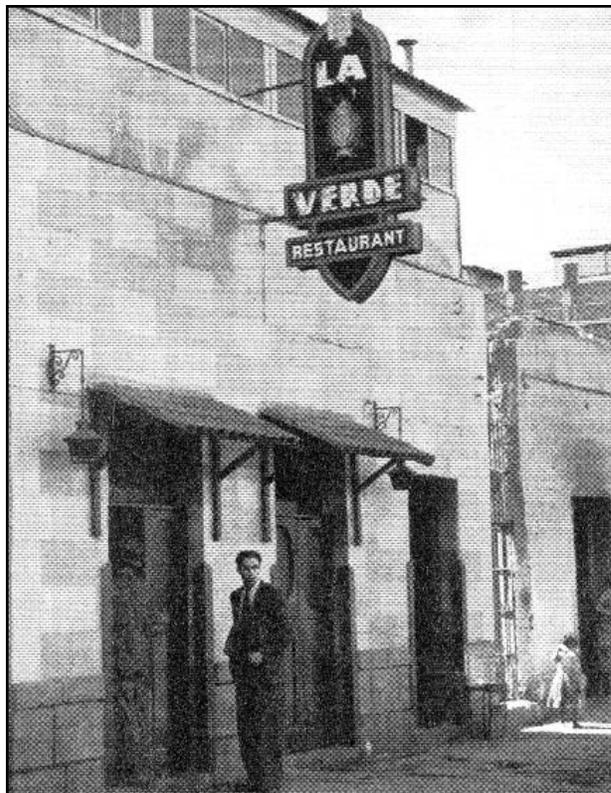
En estos lugares se ubicaron también los teatros de espectáculos pornográficos como el Apolo (Vizcaínas) o el Politeama (posteriormente fue cine);¹¹ las carpas de Las Maravillas y Las Procopio. Estos centros también representaron para el barrio de las Vizcaínas un espacio de sociabilidad y de identidad, a pesar de haberse cerrado y después reabierto como el teatro Apolo, al reabrirse se llamó Vizcaínas donde se presentaban espectáculos de baile, satíricos y cómicos se con personajes como: José Medel, *Cantinflas*, *Clavillazo*, Adalberto Martínez, *Resortes*, y José Martínez, *Palillo*, quién llenaba todos los días aunque fueran lunes, según dicen los vecinos del lugar, con su ya clásica sátira política y su disfraz de barrendero con sombrero de paja. La gente asistía al teatro sin temer a la inseguridad, la violencia o al robo. Durante la década de los noventa cerró nuevamente el teatro hasta que fue comprado por el Gobierno del Distrito Federal en el año 2000. Posteriormente reabriéndolo sus puertas con espectáculos para la comunidad: música electrónica, de *rock*, títeres, danzón y otros; no obstante los intentos, en la actualidad el lugar se encuentra cerrado.

Existían además numerosos hoteles de paso alrededor, como el Señorial, en Izazaga, el Torreón, el Meave, en la calle y plaza del mismo nombre y el Virreyes, en la esquina del Eje e Izazaga, zona también de cantinas y pulquerías hasta la actualidad.

El comercio era y es la actividad principal de la zona —con más de 250 años ejerciéndose—, además de la diversión y disfrute del cuerpo: teatro, cine, salones de baile y carpas fueron parte de la vida cotidiana de la plaza. El cierre de las accesorias dio fin a Vizcaínas, co-

¹⁰ *Ibidem*, p. 94. El subrayado es propio.

¹¹ Estuvo ubicado según los vecinos del barrio, cerca del hotel Virreyes, entre Izazaga y la plaza de las Vizcaínas. Sería el espacio que ocupa la plaza comercial “fracasada” de las Vizcaínas.



Fachada del cabaret linterna Verde o Club Verde.

mo espacio de socialidad de los habitantes en su entorno. Muchos de ellos viven de la evocación de aquellos tiempos, cuando el “Ídolo de las Vizcaínas”, Adalberto Martínez *Resortes* *Resortín de la Resortera*, tenía su estudio de baile en una accesoria al final del callejón de San Ignacio, donde compartía con los vecinos del barrio, no sólo sus películas sino, hasta las posadas:

Yo anduve por la zona de Vizcaínas más de 30 años, tuve mi estudio en una de las accesorias del Colegio, ahí ensayaba para ser el luchador fenómeno, ahí mandé hacer ¡ora sí que un costal! [...] se juntaban varios chamacos en el estudio, les ponía guantes y los echaba a pelear con cronómetro [...] en Vizcaínas yo hacía las nueve posadas... ¡aaahhh sí!..., lo recuerdo como si fuera ayer, pues antes la vida era más barata. Yo les daba sus piñatas, dulces a los niños y también daba a los que no alcanzaban la piñata, y cantaban el Ave María, y hacíamos un nacimiento muy grande. Un amigo mío que era pintor, a ese yo le daba el dinero para que pusiera el nacimiento, ¡muy bonito, muy bonito, muy bonito!...¹²

¹² “En busca del ‘Ídolo de las Vizcaínas’”, en Ma. (Pía) Herrasti Aguirre y F. Imelda Zamudio Castro, *Una mirada por el barrio de las Vizcaínas*, México, CENVI/UAM-X, 1999.



La bailarina *Tongolele*, en opinión de Armando Jiménez, llegó a presentarse en el Club Verde a la edad de 16 años.

La plaza junto con las accesorias, y el callejón de San Ignacio, funcionaban como lugares articuladores de la socialidad entre los vecinos, a más de los conflictos cotidianos: la prostitución, el robo y la pobreza, al ritmo de los cabarets, teatros y carpas. La carencia de vivienda o el hacinamiento, junto con la falta de empleo, salud y educación, fueron el modo de vida de este sector popular, compuesto de numerosas familias que ocupaban vecindades, la parte alta de las accesorias, además de edificios viejos, e incluso las calles donde todavía se podían observar cartones y plásticos, utilizados por niños-jóvenes, como habitación, además del grupo de vagabundos y teporochos que se refugian, a manera de vivienda, en la plaza.

Así como el Centro Histórico en su conjunto ha envejecido, el barrio también. Se clausuraron muchos de los cabarets, las accesorias se tapiaron, junto con ello se desplazó a “las muchachas”. El espacio de la plaza —antes ocupado por carpas y circos—, se transformó en plaza-jardín, con estacionamiento subterráneo, custodiada por el imponente edificio del Colegio de las Vizcaínas, y el teatro Apolo, transcurría el último lustro de la década de los setenta.

El sector como parte del centro fue denominado por la UNESCO “Patrimonio de la Humanidad”, en 1987.

La modernización llegó a la Ciudad de México, se construyeron ejes viales, se limpió el centro y muchos predios fueron recuperados, clausurados unos más, otros tan deteriorados se cayeron, Vizcaínas se transformó de “zona roja” en espacio comercial y mixto: vivienda con comercio. Los cabarets emigraron hacia la Zona Rosa, a la avenida Insurgentes, otros más continuaron en el Eje Central, dejaron en su lugar bodegas, comercios, lotes baldíos y estacionamientos.

Los usuarios de las accesorias no tuvieron protección frente a la transformación del espacio; los locales se cerraron, las entradas se tapiaron; según dice don Adolfo, no hubo defensa: “una desgracia, no hubo amparo, nosotros nunca tenemos y mire nomás están tapiadas todas las accesorias.”¹³

Las actividades del Colegio se mantuvieron en el interior del edificio, es decir, las niñas llegaban por el lado norte, por la calle de las Vizcaínas en automóvil y salían por el mismo lugar. A una joven egresada del Colegio pregunté por el significado de este sitio y respondió:

Por las mañanas, significaba nerviosismo, por la posibilidad de no alcanzar a llegar a la primera clase; tráfico ocasionado por los

padres que como los míos, querían dejar a sus hijos justo en la entrada del Colegio, a lo que se unía el “obstáculo” de los vendedores ambulantes que, ya desde esa hora— poco antes de las ocho— comenzaban a instalarse en las calles cercanas. El olor “a frío” se mezclaba por momentos con el aroma a café o a huevos fritos, que provenían de las fondas y loncherías, en donde algunos alumnos y papás desayunaban antes de entrar a clase. Generalmente las banquetas estaban aún mojadas por el agua jabonosa, con la que lavan los dependientes de los pequeños comercios existentes a lo largo de la calle (farmacia, tienditas y las fondas). Pero, pese a que existe el olor a jabón, para mí las banquetas seguían sucias; me parecía que los zapatos se me ensuciaban sólo con caminar por ahí, por eso prefería esperar —con nervios y todo— a que el carro de mi papá pudiera acercarse más al portón de la escuela. Luego por la tarde, cuando salía de clases —sólo recuerdo el horario de la preparatoria, de ocho de la mañana a dos de la tarde [es el mismo para primaria y desde las siete para secundaria y de nueve a una para el Jardín]— *enfrentar otra vez el “horror” de las calles* [en el principio dijo que eran sucias, caóticas, desordenadas y malolientes], pero ahora con el “plus” del calor, insufrible a esa hora. La banqueta del Colegio no me resultaba tan molesta; el problema era tener que caminar sobre Eje Central, o rumbo a Bolívar, ese pequeño trayecto de la calle de Vizcaínas, se me hacía insoportable. Gente por todas partes, los mismos alumnos de Vizcaínas, deambulando por ahí para comprar dulces, jugar en la “maquinita” de la farmacia de la esquina, tomar un licuado o comer una torta[...].¹⁴

¹⁴ Entrevista realizada el 4 de noviembre de 2002. Estudió en el Colegio de las Vizcaínas desde la primaria hasta la preparatoria.

¹³ Entrevista a Adolfo Paz Rueda, residente (dic.: 2001).



Mientras tanto atrás, la plaza-jardín se hallaba tomada por vagabundos, teporochos, y drogadictos (según vecinos la mayoría de ellos ex boxeadores) acrecentándose la delincuencia después del sismo de 1985. La que fuera “zona roja” de la ciudad, sinónimo de música, baile, luces y diversión, entre cabarets, bares y “las muchachas” en Echeveste y Jiménez, se tornó en un lugar abandonado, desolado, asociado al robo y según algunos (taxistas y transeúntes), coligado a la venta de drogas. En los alrededores, en San Juan de Letrán, también reconocido por sus cines, cabarets y bares, decían algunos al respecto de su vida nocturna: “refugio de aventureros”; transformó su apariencia: el bar Social, el café Súper Leche y otros tantos edificios se derrumbaron, el metro invadió sus entrañas con la construcción de la línea 8; el comercio de zapatos, trajes y camisas se amplió a la venta de material electrónico y de computación.

La crisis económica obligó al Colegio a incorporar a niños en sus tres niveles de enseñanza. El jardín de niños abrió la parte sur del Colegio a la interacción con el barrio y con la plaza. Los niños trajeron consigo vendedores, amas de casa, es decir: movimiento. Se organizaron eventos culturales, celebraciones como las fiestas patrias, el día de las madres, además de las tradicionales posadas, con la finalidad de atraer a la gente del barrio para que volvieran a usar su plaza.

Después del sismo de 1985, la historia del Centro Histórico y de la Ciudad de México, es otra. Se iniciaron programas de renovación y de remodelación de inmuebles. No obstante, el deterioro de la zona continúa y enfrenta la disminución de sus habitantes (en 1998 se calculaba, una salida de aproximadamente diez habitantes por día); las calles se apreciaban descuidadas y sucias, las vecindades a punto de desmoronarse y un aumento constante de vagabundos, entre alcohólicos y drogadictos. Como ejemplo de ello, el callejón llegó a utilizarse como depósito de basura de la compañía de Luz y Fuerza del Centro. La convergencia de diferentes

"CLUB VERDE"
Plaza Vizcainas.

Anuncia la presentación de

ALMA COSTELLO
en su atrevido número

"LA DANZA NEGRA"
de **LUCHO BERMUDEZ**

y a los

Hnos. FUENTES

Anuncio periodístico del Club Verde.

instituciones como el Instituto de Cultura de la Ciudad de México (hoy Secretaría de Cultura), el CENVI, A.C., junto con el Fideicomiso del Centro Histórico de la Ciudad de México y la Delegación Cuauhtémoc iniciaron cambios sobresalientes en cuestiones de limpieza, recorte y cambio de los jardines, alumbrado y aumento de seguridad policiaca, entre otros, además de lograr la apertura de algunas accesorias en el lado sur del Colegio, y la remodelación de todas las ubicadas en el callejón de San Ignacio, la instauración de un museo de sitio. Sin embargo, la plaza-jardín parece todavía vacía, casi en desuso después de las 15:00 horas, en contraste con la dinámica del Eje Central Lázaro Cárdenas, donde se desplazan alrededor de millón y medio de personas al día.

El ambiente en esta zona es tenso, no se puede andar por las calles sin preocuparse de que lo puedan asaltar, aún cuando viva uno aquí. La gente que antes vivía en esta zona se ha ido porque se incrementó la violencia y gracias a los muchos comercios existentes en la zona, este lugar ya no es propicio para vivir.¹⁵

La socialidad y el conflicto que rodean a la plaza, se desarrolla entre varios tipos de actores: los que viven en sus costados norte y este, los que llegan a comprar a las plazas comerciales ubicadas sobre el Eje Central: Plaza 2000, Meave y de la Computación; los comerciantes fijos y semifijos, establecidos y ambulantes, también ubicados sobre el Eje y la calle de San Jerónimo. Los trabajadores de limpia son visitantes cotidianos, y junto con sus carritos, —en las mañanas y al mediodía—, son quienes más disfrutan de la plaza en su hora de almuerzo. Lo mismo sucede con los empleados y alumnos

¹⁵ Testimonio de un habitante de la calle de Mesones que refleja el de muchos de los residentes de la zona. Aunque existe otros que afirman lo contrario, que por ser del barrio no los asaltan y hasta los cuidan (habitante de San Jerónimo, vendedora, entrevista 200).



del Colegio, oficinistas y vecinos del barrio, más los asiduos nocturnos de los antros aledaños como: El Casa Blanca, El Azteca y El Mirog.

El uso del espacio caracteriza a esta plaza como un lugar de conflicto entre el dentro y el afuera: *a)* los vecinos y escolares caminan, juegan y disfrutan del jardín en el día, se lo apropian simbólicamente como su territorio; *b)* para los vecinos representa su centro de residencia, su lugar de pertenencia y apego, su calle, su jardín, incluso el lugar para sus hijos, nietos y también para sus perros. La mayor parte de los vecinos de Vizcaínas tienen más de 15 años de residencia, los hay quienes fueron migrantes, en los años cuarenta, cuando llegaron a vivir a los departamentos de la zona. Sobre la plaza hay una vecindad y tres edificios para vivienda de clase media. En esta zona, como en muchas del centro, abundan los adultos mayores, jubilados, que gustan de salir a tomar el Sol, caminar o simplemente sentarse en las jardineras para disfrutar el olor de las plantas o el cantar de los pájaros; opinan que la gente no debería tirar basura y sí cuidar sus espacios.

Los otros, los que vienen de fuera por las noches, visitan los centros nocturnos; quitan las jardineras y estacionan los vehículos dentro del jardín y también tiran basura. La referencia es al cabaret Casa Blanca, localizado justo a la entrada de la plaza, entre el Eje Central y la calle de San Jerónimo. En esta esquina se resguarda el espacio con jardineras móviles y fijas; durante el día también es el lugar de doña Genoveva, establecida con su puesto de periódicos y revistas. El cabaret es una casa literalmente blanca con puertas doradas, que marca la frontera entre el dentro y el afuera.¹⁶

Otros más, los teporochos —aunque disminuidos en número—, se han apropiado literalmente del jardín y lo usan como su casa: duermen y viven ahí; como sucedió hasta el pasado 2003, cuando varios niños-jóvenes, ocupaban el lado este del Colegio, justo en Echeveste y Jiménez. Ahora se observa tan sólo un conjunto de graffitis que marcan el lugar de su residencia.

Barrio rodeado de callejones, donde cada uno cuenta su propia historia, encierran a Vizcaínas entre varios planos: los recuerdos de un barrio bohemio, popular;

¹⁶ El mundo en su interior, sería otro aspecto a indagar, pero es materia de otra investigación.



Vista exterior del cabaret Casa Blanca.

“zona roja” hasta la década de los setenta. Gran parte de los inmuebles dañados por el terremoto de 1985 siendo remodelados por el Fideicomiso para el Centro Histórico, junto con San Jerónimo y Regina como un corredor artístico para la creación y la cultura. Más aún, sus habitantes viven en otro plano: el de la sobrevivencia cotidiana. Vizcaínas se está convirtiendo poco a poco en la bodega de las plazas comerciales, desplazando el uso habitacional por el comercial. Se dice que en su núcleo, entre Aldaco, Jiménez y Echeveste, se conjuga un barrio bravo, asaltos, venta de droga, almacén de fayuca y de equipo para la piratería, lo cual no está probado y nadie se compromete a denunciar. Incluso los vecinos consideran que son cuidados por... ellos mismos.

BIBLIOGRAFÍA

- De Certeau, Michel, *La invención de lo cotidiano I. Artes de hacer*, México, nva. ed., presentada por Luce Giard, trad. de Alejandro Pescador, México, Universidad Iberoamericana, 1999.
- Giménez, Gilberto, “Territorio, cultura e identidades”, México, Instituto de Investigaciones Sociales-UNAM, mecanoscrito, 1996.
- Herrasti Aguirre, Ma. (Pía) y F. Imelda Zamudio Castro, *Una mirada por el barrio de las Vizcaínas*, México, CENVI/UAM-Xochimilco, 1999.
- Jiménez, Armando, *Cabarets de antes y de ahora en la Ciudad de México*, México, Plaza y Valdés, 1991.
- Joseph, Isaac, *El transeúnte y el espacio urbano*, Argentina, Gedisa, 1998.
- Lombardo de Ruiz, Sonia, *Plaza de las Vizcaínas*, México, INAH, Departamento de Monumentos Coloniales, 1970.
- Rivera Cambas, Manuel, *México pintoresco, artístico y monumental*, México, Valle de México, 1972.